

dolor de la pobre Luisa. Ya se ve, como tampoco me casé por amor, sino por otros fines poco honestos, deslumbrado con la hermosura de Mariana y agitado por la privacion de mi apetito, luego que este se satisfizo con la posesion del objeto que deseaba, se fué entibiando mi amor insensiblemente, y mas cuando advertí que ya mi esposa no tenia aquellos colores rosagantes que de doncella: y para decirlo de una vez, luego que yo satisfice los primeros ímpetus de la lascivia, ya no me pareció ni la mitad de lo que me habia parecido al principio. Ella luego que conoció que yo era un pelado y que no podia disfrutar conmigo la buena vida que se prometió, tambien me veia ya de distinto modo, y ambos comenzando á vernos con desvio, seguimos tratándonos con desprecio, y acabamos aborreciéndonos de muerte.

Ya muy cerca de este último paso sucedió que estaba yo debiendo cuatro meses de casa, y el casero no podia cobrar un real por mas visitas que me hacia. No faltó de mis mas queridos amigos quien le dijera como yo estaba muy pobre, y que no se descuidara; bien que aunque esto no se lo hubiera dicho, mi pobreza ya se echaba de ver por encima de la ropa, pues esta no era con el lujo que yo acostumbraba: las visitas se iban retirando de mi casa con la misma prisa que si fuera de un lazarinó: mi muger no se presentaba sino vestida muy llanamente porque no tenia ningunas galas: el ajuar de la casa consistia en sillas, canapés, mesas, escribanías, roperos, seis pantallas, un par de bombas, cuatro santos, mi cama y otras maritatas de poco valor; y para remate de todo, mi tío el fiador, viendo que no le pagaba, no solo quebró la amistad enteramente, sino que se constituyó mi mas declarado enemigo, y no quedó uno, ni ninguno de cuantos me conocian, que no supieran que yo le habia hecho perder mas de talega y media, pues á todos se los contaba, añadiendo que no tenia esperanza de juntarse con su dinero, porque yo era un pelagatos, farolón y picaro de marca.

No parece este vil proceder de mi tío sino al de la gente ordinaria que no está contenta si no pregona por todo el mundo quiénes son sus deudores, de cuánto, y cómo contrageron las deudas, sin descuidarse por otra parte de cobrar lo que se les debe. Por esto al discreto Bocangel dice:

No debas á gente ruin,
Pues mientras estás debiendo,
Cobran primero en tu fama,
Y despues en tu dinero.

Con semejantes clarines de mi pobreza claro está que el casero no se descuidaria en cobrarme. Así fué. Viendo que yo no daba traza de pagarle, que la casa corria, que mi suerte iba de mal en peor, y que no le valian sus reconvenções extrajudiciales, se presentó á un juez, quien despues de oirme me concedió el plazo perentorio de tres dias para que le pagara, amenazándome con ejecucion y embargo en el caso contrario.

Yo dije amen, por quitarme de cuestiones, y me fuí á casa con Roque, quien me acomsejó que vendiera todos mis muebles al almonedero que me los habia vendido, pues ninguno los pagaria mejor: que recibiera el dinero, me mudara á una vivienda chica con la cama, trastos de cocina y lo muy preciso; pero por otro barrio léjos de donde viviamos: que despidiera en el dia á las dos criadas para quitarnos de testigos, mas que comiéramos de la fonda, y hechas estas diligencias, la víspera del dia en que temia el embargo, por la noche me saliera de la casa dejándole las llaves al almonedero.

Como yo era tan puntual en poner en práctica los consejos de Roque, hice al pié de la letra y con su auxilio cuanto me propuso esta vez. El fué á buscar la casa y la aseguró, y yo en los dos dias traté de mudar mi cama y algunos pocos muebles, los mas precisos. Al dia tercero llamó Roque al almonedero, quien vino al instante, y yo le dije que tenia que salir de México al siguiente sin falta alguna: que si me queria com-

prar los muebles que dejaba en la casa, que lo preferia á él para vendérselos, porque mejor que nadie sabia lo que habian costado, y que si no los queria que me lo avisara para buscar marchantes: en inteligencia de que me importaba verificar el trato en el mismo dia, pues tenia que salir al siguiente.

El almonedero me dijo que sí, sin dilatarse; pero comenzó á ponerles mil defectos que no conoció al tiempo de venderlos.

Esto es antiguo, me decia, esto ya no se usa; esto está quebrado y compuesto; esto está medio apolillado; esto es de madera ordinaria; esto está soldado; á esto le falta esta pieza; á esto la otra; esto está desdorado; esta es pintura ordinaria, y así le fué poniendo á todo sus defectos y haciéndomelos conocer; hasta que yo enfadado le dí en ochenta pesos todo lo que le habia pasado en ciento sesenta; pero por fin cerramos el trato, y me ofreció venir con el dinero á las oraciones de la noche.

No faltó á su palabra. Vino muy puntual con el dinero; me lo entregó y me exigió un recibo, expresando en él haberle yo vendido en aquella cantidad tal, y tal, y tal mueble de mi casa con las señas particulares de cada cosa. Yo que deseaba afianzar aquellos reales y mudarme, se lo dí á su entera satisfacción con las llaves de casa, encargándole las volviera al casero, y sin mas ni mas, cogí el dinero y me metí en un coche (que me tenia prevenido Roque) con mi esposa, despidiéndome del almonedero, y guiando al cochero para la casa nueva que Roque le dijo.

Luego que llegamos á ella, advirtió mi esposa que era peor y mas reducida que la que tenia antes de casarse: con menos ajuar y sin una muchacha de á doce reales. La infeliz se contristó y manifestó su sentimiento con imprudencia: yo me incomodé con sus delicadezas echándole en cara la ninguna dote que llevó á mi poder: tuvimos la primera riña en que desahogamos nuestros corazones, y desde aquel instante se decla-

rá nuestro mutuo aborrecimiento. Pero dejemos nuestro infeliz matrimonio en este estado, y pasemos á ver lo que sucedió al dia siguiente en mi antigua casa.

No parece sino que los accidentes aciagos se rigen á las veces por un genio malhechor para que sucedan en los instantes críticos de la desgracia: porque en el mismo dia tercero que el almonedero fué con las llaves á sacar los muebles vendidos y en la misma hora llegó el casero con el escribano que llevaba á raja tablas la órden de proceder al embargo de mis bienes.

Abrió el almonedero y entró con sus cargadores para desocupar la casa, y el casero con el escribano y los suyos para el mismo efecto. Aquí fué ello. Luego que los dos se vieron y se comunicaron el motivo de su ida á aquella casa, comenzaron á altercar sobre quien debia ser preferido. El casero alegaba la órden del juez, y el almonedero mi recibo. Los dos tenían razon y demandaban en justicia; pero uno solo era quien debia quedarse con mis muebles que no bastaban para satisfacer á dos. El casero ya se conformaba con que se dividiera el infante y se quedara cada uno con la mitad; pero el almonedero que habia desembolsado su plata, no entraba por eso aro.

Por último: despues de mil inútiles altercaciones se convinieron en que los muebles se quedasen en la casa, inventariados y depositados en poder del sugeto mas pudiente de la vecindad hasta la sentencia del juez, el que declaró pertenecerle todos al almonedero, como que tenia constancia de haberlos yo vendido, quedando al casero su derecho á salvo para repetir contra mí en caso de hallarme. Todo esto lo supe por Roque que no se descuidaba en saber el último fin de mis negocios. Pasada esta bulla, y considerándome yo seguro, pues á título de insolvente no me podia hacer ningun daño el casero, solo trataba de divertirme sin hacer caso de mi esposa, y sin saber las obligaciones que me imponia el matrimonio.

Con semejante errado proceder me divertí alegremente mientras duraron los ochenta pesos. Concluidos estos comenzó mi pobre muger á experimentar los rigores de la indigencia, y á saber lo que era estar casada con un hombre que se habia enlazado con ella como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento. Naturalmente comenzó á hostigarse de mí mas y mas, y á manifestarme su aborrecimiento. Yo por consiguiente, la aborrecia mas á cada instante, y como era pícaro no se me daba nada de tenerla en cueros y muerta de hambre.

En estas apuradas circunstancias, mi suegra con los chismes de mi muger me mortificaba demasiado. Todos los días eran pleitos y reconvenções infinitas sin faltar aquello de jorjálá y yo hubiera sabido quien era vd! Seguro está que se hubiera casado con mi hija, pues á ella no le faltaban mejores novios.

Todo esto era echar leña al fuego, pues lejos de amar á mi muger, la aborrecia mas con tan cáusticas reconvenções.

Mi mal natural, mas que el carácter y figura de mi muger, me la hicieron aborrecible, junto con las imprudencias de la suegra; pero la verdad, mi esposa no estaba despreciable; prueba de ello fué que concebí unos zelos endiablados de un vecino que vivia frente de nosotros.

Dí en que pretendia á mi muger y que esta le correspondia, y sin tener mas datos positivos, le dí una vida infernal como muchos maridos que teniendo mugeres buenas, las hacen malas con sus zelos majaderos.

La infeliz muchacha que aunque deseaba lujo y desahogo era demasiado fiel, luego que se vió tratar tan mal por causa de aquel hombre de quien yo la zelaba, propuso vengarse por los mismos filos por donde yo la heria; y así fingió corresponder á sus solicitudes por darme que sentir y que yo la creyera infiel. Fué una necesidad; pero lo hizo provocada por mis imprudentes zelos. ¡Oh como aconsejara yo á todos los consortes que no se dejarán dominar de esta maldita pasion, pues muchas veces

causa de que se hagan cueros las sombras y realidades las sospechas!

Si cuando no habia nada, la zelaba y la molia sin cesar, ¿qué no haria cuando ella misma estaba empeñada en darme que sentir? Fácil es concebirlo; aunque yo no sé como combinar el aborrecimiento que le tenia, con los zelos que me abrasaban: pues si es cierto el comun proloquio de que *donde no hay amor no hay zelos*, seguramente yo no deberia haber sido zeloso; si no es que se discurra que no siendo los zelos otra cosa que una furiosa envidia agitada por la vanidad de nuestro amor propio, nos exalta hasta la mas rabiosa cólera cuando sabemos ó presumimos que algun rival nuestro quiere posesionarse del objeto que nos pertenece por algun título, y en este caso claro es que no zelamos porque amamos, sino porque concebimos que nos agravian, y aquí bien se puede verificar zelo sin amor, y concluir que en lo general es falsísimo el refran vulgar citado.

Lo primero que hice fué mudar á mi pobre esposa á una accesoria muy húmeda y despreciable por los arrabales del barrio de Santa Ana. A seguida de esto, no teniendo ya que vender ni que empeñar, le dije á Roque que buscara mejor abrigo, pues yo no estaba en estado de poder darle una tortilla: lo puso en práctica al momento, y le faltó desde entonces á mi esposa el trivial alivio que tenia con él, ya haciéndole sus mandados, y ya tambien consolándola, y aun algunas ocasiones socorriéndola con el medio ó el real que él agenciaba. Esto me hace pensar que Roque era de los malos por necesidad mas que por la malicia de su carácter, pues las malas acciones á que se prostituia y los inicuos consejos que me daba, se pueden atribuir al conato que tenia en lisongearme estrechado por su estado miserable; pero por otra parte, él era muy fiel, comedido, atento, agradecido, y sobre todo poseia un corazón sensible y pronto para remitir una injuria y condolerse de una infelicidad. En la serie de mi vida he observado

que hay muchos Roques en el mundo, esto es, muchos hombres naturalmente buenos, á quienes la miseria empuja, digámoslo así, hasta los umbrales del delito. Cierto es que el hombre antes debería perecer que delinquir; pero yo siempre haria lugar á la disculpa en favor del que cometió un crimen estrechado por la suma indigencia; y agravaria la pena al que lo cometiese por la pravedad de su carácter.

Finalmente, Roque se despidió de mi casa, y mi pobre muger comenzó á experimentar los malos tratamientos de un marido pícaro que la aborrecia, aunque ella lejos de valerse de la prudencia para docilitarme, me irritaba mas y mas con su génio orgulloso é iracundo. Ya se ve, como que tampoco me amaba.

Todos los dias habia disputas, altercaciones y riñas de las que siempre le tocaba la peor parte; pues remataba yo á puntapiés y bofetones los enojos, y de este modo desquitaba mi coraje: ella se quedaba llorando y maltratada, y yo me salia á la calle á divertir el mal rato.

A veces no parecia yo en casa hasta pasados los ocho ó diez dias del pleito, y entonces iba á reñir de nuevo por qualquiera friolera y á requerir á mi muger sobre zelos, siendo lo mas vil de estas reconvenções que eran sin haberle yo dejado un real para comer, pareciéndome en esto á muchos maridos sinvergüenzas que se acuerdan que tienen mugeres para zelarlas y servirse de ellas como de criadas, pero no para cuidar de su subsistencia: sin advertir que el honor de la muger está anexo á la cocina, y que cuando el brasero ó chimenea no humea en la casa, el hombre no debe gritar en ella; * porque las misera-

* Esto se entiende cuando no humea por holgezanería, inutilidad ó mala versacion del marido, como en el caso de Perico; pero cuando no humea por su pobreza, entonces la muger siempre debe ser fiel, y aun ayudarle á su marido; porque Dios cuando crió la muger al primer hombre no dijo: hagámosle una ama á quien sirva, ni una ociosa á quien mantenga; sino una muger que le ayude como á su semejante. *Faci-mus ei adjutorium simile sibi.*

OTRA: La moral del lugar anotado y de la nota anterior no es

bles mugeres, aunque sean mas honradas que las Lucrecias, no tienen vientres de camaleones para mantenerse con el aire.

Mi desgraciada esposa sufría en medio del odio con que me veía, sus desnudeces y trabajos sin atreverse á vivir con su madre, que era la única que la visitaba, consolaba y socorria (al fin madre): porque las dos me temian mucho, y yo habia amenazado á mi muger de muerte siempre que desamparara la casa. Ni aun el religioso su tio queria mezclarse en nuestras cosas.

He dicho que entre mis malas cualidades tenia la buena de poseer un corazon sensible, y creo que si mi esposa en vez de irritarme desde el principio con su orgullo, y de haberme persuadido á que me era infiel, me hubiera sobrellevado con cariño y prudencia, yo no hubiera sido tan cruel con ella; pero hay mugeres que tienen gracia para echar á perder á los mejores hombres.

Las enfermedades y la mala vida cada dia ponian á mi muger en peor estado. A esto se agregaba su preñez, con lo que se puso no solo flaca, descolorida y pecosa, sino molesta, iracunda é insufrible.

Mas la aborrecia yo en este estado y menos asistia en la casa. Una noche que por accidenté estaba en ella, comenzó á quejarse de fuertes dolores y á rogarme que por Dios fuera á llamar á su madre, porque se sentia muy mala. Este lenguaje sumiso, poco acostumbrado en ella, junto con sus dolorosos ayes hicieron una nueva impresion en mi corazon, y mirándola con lástima desde aquel punto, sin acordarme de su génio iracundo y poco amante, corrí á traer á su madre, quien luego que vino advirtió que aquellos conatos y dolores indicaban un mal parto, y que era indispensable una partera.

Luego que me impuse de la enfermedad y de la necesidad pura. Por mas pícaro y abandonado que sea uno de los consortes en el cumplimiento de sus obligaciones, no por esto se exime el otro del deber de cumplir con las suyas; y así es, que en ningun caso la muger debe ser infiel á su marido, ni este tampoco á su muger.—E.

de la facultativa, rogué á una vecina fuera á buscarla mientras iba yo á solicitar dinero.

Ella fué corriendo: la halló y la llevó á casa, y yo empeñé mi capote, que era la mejor alhaja que me habia quedado y no estaba de lo peor, sobre el que me prestaron cuatro pesos á volver cinco. ¡Gracias comunes de los usureros que tienen hecho el firme propósito de que se los lleve el diablo!

Muy contento llegué á casa con mis cuatro pesos á hora en que la ignorantísima partera le habia arrancado el feto con las uñas y con otro instrumento infernal, * rasgándole de camino las entrañas y causándole un flujo de sangre tan copioso, que no bastando á contenerlo la pericia de un buen cirujano, le quitó la vida al segundo día del sacrificio, habiéndosele ministrado los socorros espirituales.

¡O muerte, y qué misterios nos revela tu fatal advenimiento! Luego que yo ví á la infeliz Mariana tendida exánime en su cama atormentadora, pues se reducía á unos pocos trapos y un petate, y escuché las tiernas lágrimas de su madre, despertó mi sensibilidad, pues á cada instante le decia: ¡ay hija desdichada! ¡Ay dulce trozo de mi corazón! ¡Quien te habia de decir que habias de morir en tal miseria, por haberte casado con un hombre que no te merecia, y que te trató no como un esposo, sino como un verdugo y un tirano! A estas añadia otras expresiones duras y sensibles que despedazaban mi corazón, de modo que pude no contener mis sentimientos. En aquel momento advertí que me habia casado no con los fines santos á que se debe contraer el matrimonio sino como el caballo y el mulo que carecen de entendimiento: conocí que mi muger era naturalmente fiel y buena, y yo la hice enfadada en fuerza de hostigarla con mis inicuos tratamientos: ví que era hermosa, pues aunque exangüe y sin vital aliento manifesta-

* Hay parteras tan ignorantes que creen facilitar los partos con las uñas, y hay otras que sustituyen á las naturales unas uñas de plata ú otro metal para el mismo efecto. ¡Cuidado con las parteras!

ba su rostro difunto las gracias de una desventurada juventud, y conocí que yo habia sido el autor de tan fatal tragedia.

Entonces..... (¡Qué tarde!) me arrepentí de mis villanos proceder; reflexioné que mi esposa ni era fea ni del natural que yo la juzgaba; pues si no me amaba, tenia mil justísimas razones, porque yo mismo labré un diablo de la materia de que podia haber formado un ángel, * y atumultadas en mi espíritu las pasiones del dolor y el arrepentimiento, desahogué todo su ímpetu abalanzándome al frio cadáver de mi difunta esposa.

¡Oh instante fúnebre y terrible á mi cansada imaginación! ¡Qué de abrazos le dí! ¡Qué de besos imprimí en sus labios amoratados! ¡Qué de expresiones dulcísimas la dije! ¡Qué de perdones no pedí á un cuerpo que ni podia agradecer mis li-sonjas ni remitir mis agravios....! Espíritu de mi infeliz consorte, no me demandes ante Dios los injustos disgustos que te causé: recibe, sí, en recompensa de ellos los votos que tengo ofrecidos por tí al dueño de las misericordias ante sus immaculados altares.

Por último, despues de una escena que no soy capaz de pintar con sus mismos colores, me quitaron de allí por fuerza, y al cuerpo de mi esposa se le dió sepultura no sé como, aunque presumo que tuvo en ello mucha parte el empeño y diligencia del tio fraile.

Mi suegra, luego que se acabó el funeral (sepultándose con el cadáver el desgraciado fruto de su vientre), se despidió de mí para siempre, dándome las gracias por las buenas cuentas que le habia dado de su hija; y yo aquella noche, no pudiendo resistir á los sentimientos de la naturaleza, me encerré en el cuartito á llorar mi viudez y soledad.

Entregado á las mas tristes imaginaciones no pude dormir

* No hay que hacer: los hombres mil veces tienen la culpa de que sus mugeres sean malas. Las mugeres y mas las mugeres que se casan muy niñas, regularmente están en disposición de ser lo que los maridos quieren que sean.

ni un corto rato en toda la noche, pues apenas cerraba los ojos cuando despertaba estremeciéndome, agitado por el pavor de mi conciencia, que me representaba con la mayor viveza á mi esposa, á la que creía ver junto á mí, y que lanzándome unas miradas terribles, me decía: ¡Cruel! ¡Para qué me sedugiste y apartaste del amable lado de mi madre? ¡Para qué juraste que me amabas y te enlazaste conmigo con el vínculo mas tierno y mas estrecho, y para qué te llamaste padre de ese infante abortado por tu causa, si al fin no habias de ser sino un verdugo de tu esposa y de tu hijo?

Semejantes cargos me parecia escuchar de la fria boca de mi infeliz esposa, y lleno de susto y de congoja esperaba que el sol disipara las negras sombras de la noche, para salir de aquella habitacion funesta que tanto me acordaba mis indignos proceder.

Amaneció por fin, y como en todo el cuarto no habia cosa que valiera un real, me salí de él, y dí la llave á una vecina con ánimo de apartarme de una vez de aquellos lúgubres recintos.

CAPITULO VII.

En el que Periquillo cuenta la suerte de Luisa, y una sangrienta aventura que tuvo, con otras cosas deleitables y pasaderas.

Po hice como lo propuse, y me fuí á andar las calles sin destino, lleno de confusion, sin medio real ni arbitrio de tenerlo, y con bastante hambre, pues ni habia cenado la noche anterior, ni me habia desayunado aquel dia.

En este fatal estado me dirijí á mi antigua guarida, al truco de la Alcaiceria, á ver si hallaba en él á alguno de mis primeros conocidos que se doliera de mis penas, y tal vez me las socorriera de algun modo, á lo menos la ejecutiva de mi estómago.

No me equivoqué en la primera parte, porque hallé en el

truco á casi todos los antiguos concurrentes, los que luego que me vieron, conocieron y se impusieron de mi deplorable estado, en vez de compadecerse de mi suerte, trataron de burlarse alegremente de mi desgracia, diciéndome: ¡Oh señor D. Pedro! ¡Cómo se conoce que los pobres hedemos á muertos! Cuando vd. tuvo su bonanza no se volvió á acordar para nada de nosotros ni de los favores que nos debió. Si nos encontraba en alguna calle, se hacia de la vista gorda y pasaba sin saludarnos: si alguno de nosotros le hablaba, hacia que no nos conocia: si lo ocupábamos alguna vez, nos mandaba desairar con Roque, aquel su barbero que tambien anda ya hecho un andrajo, y finalmente manifestó en su bonanza todo el desprecio que le fué posible ácia nosotros.

Señor D. Pedro: el dinero tiene la gracia, para algunos, de hacerlos olvidadizos con sus mejores amigos si son pobres. Vd. cuando tuvo dinero procuró no rozarse con nosotros por pobres: y así ahora que está pelado, váyase allá con sus amigos los señores de capas y casacas, y no vuelva á poner aquí los pies, mientras que no traiga un peso que jugar, porque nosotros no queremos juntarnos con su merced.

De este modo me insultó cada uno lo mejor que pudo, y yo no tuve mas oportuna respuesta que marcharme, como suelen decir, con la cola entre las piernas, reflexionando que cuanto me habian dicho era cierto, y era fuerza que yo recogiera el fruto de mi vanidad y mis locuras.

Como el hambre me apuraba, traté de ir á pedir algun socorro á los amigos que me habian comido medio lado, y se habian divertido á mi costa.

No me fué difícil hallarlos; pero ¡cuál fué mi cólera y mi congoja, cuando despues de avergonzarme con todos, presentándome á su vista en un estado tan indecente, despues de referirles mis miserias, y provocar su piedad con aquella energia que sabe usar la indigencia en tales ocasiones, solo escuché desprecios, sátiras y burletas!